

pasion, logran escapar dispersados á tiros, y van á buscar más léjos el suplicio ó el destierro; una mujer me ase de la mano entre la muchedumbre, me conduce fuera de los muros á favor de las sombras, me



Una mujer me dice: «Huid, hijo mio.»

muestra en lontananza estas brillantes cumbres y me dice: «Hijo mio, huid, aquí tenéis pan.»

Yo estuve huyendo siete noches por los campos encaminándome siempre hácia las montañas; y durmiendo de dia en los trigos y acelerando de noche mi perturbada marcha léjos de todo sendero tri-

llado, llego al pié de los montes, cruzo á nado torrentes cuyas oleadas me arrojan á la orilla opuesta; un cazador me descubre por los ladridos de sus perros, y movido á compasion trueca su traje por el mio. Empiezo entónces á trepar por esas colinas escalonadas en las que introducen sus raices los Alpes del Norte, inmenso pedestal abrumado por su propia masa, que parece haberse hundido por el peso de los montes, y que en el encajonamiento de sus peñas derrumbadas oculta lagos profundos y oscuros valles. Sigo andando contra la corriente de sus mil riachuelos, que corren lanzando humo en vez de agua; avanzo tembloroso bajo el arco de las cascadas; más arriba, los pinos me abren sus enhiestas columnatas, los traspongo, y llego á esos prados suspendidos sobre el dorso de los montes, verdes y dilatadas alfombras, en donde las cabañas de madera orlan los precipicios.

Allí estaba un anciano pastor guardando un rebaño de terneras, con la vista fija en el sol poniente y pasando por sus dedos las cuentas de un rosario de madera. Aquel espectáculo me infunde aliento á la vez que me entenece: estoy cierto de encontrar un amigo en todo hombre que reza, y me acerco al pastor de pronto, sin recelo é invocando el nombre de Dios: él se turba al ver un sér viviente en aquel sitio; al pronto me toma por un criminal, pero le tranquilizo; escucha llorando mi conmove-

dora aventura, y extendiendo la hojarasca que le sirve de lecho en su cabaña, parte conmigo su pan negro y su leche. A la mañana siguiente me dice:

«Tranquilizáos, no despediré al que Dios me envía. Viajamos con arreglo al estado de la yerba y según la estación, y mis vacas han acabado ya de pastar la de estos prados. Mañana me trasladaré á otras verdes montañas. Pero cuando, trascurrido el invierno, subimos aquí desde las campiñas, al partir nos dan pan para todo el verano; todo ese pan es para vos, ya que lo habeis probado; los pastores, á quienes más de una vez he socorrido en su miseria, me indemnizarán del pan que os dejo; pero no podeis seguirme á donde ellos están, porque extrañarían que seamos dos. Las tempestades no han curtido aun vuestra tez, y la blancura de vuestras manos os delataría: tampoco podeis continuar en esta cabaña, porque desde el bosque se ve el humo que despediría. Los soldados del verdugo conocen perfectamente estos senderos, y á veces suben hasta la region de las nubes para espiar, desde mayor altura, á los proscritos, que caen sorprendidos en sus garras, parecidas á las de las aves de rapiña. Pero venid; sé de una gruta profunda, que nadie sino yo conoce en este mundo, y á la que no puede llegar nadie más que el viento, el rayo y el águila, cuyo nido solía yo robar, acechándola desde esas cumbres, cuando en mis juveniles años mis piés y mi vista se burlaban

de los abismos; todavía puedo subir hasta allí con la ayuda de Dios, cuya mano me ha descubierto ese sitio en obsequio vuestro; allí vivireis muy frugalmente, pero sin sobresaltos, si vuestro ángel custodio basta para acompañaros en esa soledad. Allí tendréis que beber el agua en el hueco de la mano, y cuando yo calcule que careceis de pan, cada dos ó tres meses, os traeré de larga distancia el que necesiteis para vivir, sin que nadie pueda seguirme. Fijaos bien en la hendidura de esa peña; venid de vez en cuando á registrarla cuando el tiempo esté brumoso; pues cuando yo acuda á traerlos lo preciso para vuestro sustento, no pasaré de aquí por temor de que me espíen.»

Nos ponemos en marcha, fijando nuestra atrevida planta donde ningun cazador montañés se arriesga á fijar la vista; agarrándonos con los dedos crispados á las hiedras, á los tallos y raíces de las plantas y á las salientes de las rocas; apenas llega á nuestros oídos el rumor sordo y profundo que produce alguna que otra oscilante peña al derrumbarse á nuestro paso; y las aguas del glaciar, que impulsadas por el viento se elevan á modo de menudo polvo, nos hieren la frente cual la helada hoja de una espada. Ante el abismo que aquellas aguas han hendido detiéndose mi pié como si el horror lo hubiera clavado en el suelo. La columna de espuma se precipita desde la negra mole de la montaña en aquella humeante sima, vol-

viendo á saltar al choque, brama al deshacerse con todos sus arroyos, se remonta en blancos copos, cae de nuevo en verdes jirones, y llena todo el vacío, en cuya profundidad flota su cólera, de viento, estruendo, oleadas, polvo y vértigo. Un sólo fragmento de roca horadado por el torrente, estremeciéndose á los continuos embates de las ondas y anegado en espuma, muestra erguida su inmensa bóveda á la manera de un descomunal arco iris apoyado entre dos cimas, y cruza de una á otra parte el abismo. Mi guía hace la señal de la cruz sobre aquel puente natural; tantea con dudoso pié sus frágiles paredes, y se lanza por él yendo yo en su seguimiento: bajo aquel arco profundo, vemos á cien piés de profundidad la huracanada corriente que pasa como una saeta á la que no puede seguir la vista; el puente, socavado, vacilante, resuena bajo nuestros pasos; nuestra mirada oscila, nuestras manos buscan algo, nuestros piés resbalan; pero nuestro ángel nos oculta el precipicio, y poco despues hallamos en la orilla opuesta un valle lleno de yerbas en flor regadas por la espuma.

La naturaleza, más propicia y galana en aquel sitio, festonea las rocas de arbustos y de musgo; trepamos por sus terraplenes con más sosegado paso: á nuestras miradas se abre un nuevo horizonte, y bajamos las inclinadas cuestas de colina en colina, de loma en loma, hasta esa hueca cañada que la natu-

raleza redondea á propósito para ostentar únicamente á la mirada de Dios sus divinos atractivos.

Detiéndose allí mi guía y me enseña el asilo que la Providencia depara á los que el hombre destierra; me indica el rumor que produce el manantial al brotar en el bosque, me enseña á ahuecar cortezas de árbol para beber aquella agua, á secar al sol los musgos que han de servirme de lecho, á juzgar por el gusto de la madurez de los frutos, á apoderarme en el hueco de la roca del huevo recién puesto que el águila oculta en él; á conservar un fuego lento entre los troncos de leña, á plantar trampas para los pájaros, á lanzar en el lago el sedal que agita la onda al contacto del pez, á sorprender en su camada al cervatillo que acaba de nacer, á robar el corzo mientras está mamando para que su madre, llevada de su ternura, acuda al oír el famélico quejido del hijuelo para amamantarle en la mano; y luego, recomendándome á esa Providencia que nutre sin trabajo y guarda sin prudencia, me dice:

«¡Rogadla, hijo mio, aquí todo lo llena!»

Rezamos, le abracé, partió y me quedé solo.

.....

Gruta de las Aguilas, 17 Abril 1793, por la noche.

¡Oh noche majestuosa! Bóveda inmensa y profunda en que se columbra á Dios como se columbra el

fondo de un riachuelo al través de las ondas! ¡En que tantos astros refulgentes, llevando inscrito su nombre, van á iluminar con ese nombre esplendoroso el horizonte, siendo portadores de sus ojos, de su mano, de su sombra, de sus pensamientos, hasta el espacio infinito por donde trazan sus interminables órbitas! ¡Y tú, luna límpida y clara, en la que me parece ver la imagen de estas montañas reflejada como en un espejo, para que dos universos, brillante el uno, sombrío el otro, se pusiesen en relacion á la sombra del Dios que los ha creado; y vosotros, vientos que palpitaís durante la noche en estos elevados parajes, acariciando la tierra y perfumando los cielos; estruendosos torrentes; pálidas nubes, que cruzais sin empañaros por estas radiantes playas como al través de la vida, en la que luce un casto cielo, cruza la sombra de las pasiones por un corazón puro: misterios de la noche que sólo es dado contemplar al ángel, también esta hora alza para mí un velo del templo; esos picos aéreos me han acercado á vosotros, os veo á todos, me postro de hinojos, y contemplo arrobado la noche como el espectáculo divino que Dios ofrece á los espíritus en su santo tabernáculo!

¡Cómo se sumergen las miradas en ese purísimo firmamento! ¡Qué azul tan suave, y sin embargo, qué deslumbrador! Parece al agua de los mares cuando una débil brisa hace que las olas lancen des-

tellos al romperse en ellas un rayo de luz! Hé ahí la estrella que descende por el horizonte. La sombra de los negros abetos me oculta el disco de la luna; su inquieta blancura parece, á través de esa nube, una nevada que se derrite en el follaje. ¡Qué inmenso suspiro han exhalado sus copas al recibir el suave viento que apenas ha percibido mi mejilla! Nace este, muge, se acalla... muere; es la tempestad que pasa con sus voces y sus embates sobre mi cabeza; es el velamen en que el viento sopla y resuena durante la noche, cuando las ondas lo persiguen por los tenebrosos mares; pero no, es un soplo muerto con que la noche pasa rozando sobre ellos. ¡Oh! con qué ternura llora aquí en este momento la brisa! ¿No será el suspiro de algún espíritu amigo, que se revela á medias en esos sonidos tan dulces, y que viniendo á prestar á esos vientos su suave voz femenil, acude á llorar con nuestra alma, compadecido de nosotros?

¡Arboles armoniosos, abetos, arpas de los bosques, en que todos los vientos del cielo modulan una voz: sois el instrumento en que todo llora y todo canta, en que la naturaleza se embelesa con sus mil ecos, y en que, á los suaves acentos de un soplo aéreo, todo hombre lanza un suspiro al unísono con él! ¡Arboles santos que sabeis lo que Dios nos envía, cantad, llorad, deparadme tristeza ó júbilo; tan sólo él sabe si los sonidos con que nos encantais, son llanto que derramais por nosotros, ó cánticos de alegría.

Gruta de las Aguilas, 18 de Abril de 1793.

El sueño me ha sorprendido bajo la celeste bóveda; la a'ondra ha cantado al despertarme; mi reino se ha ofrecido á mi vista en un esplendente dia de florida primavera y lo he estado recorriendo desde la mañana á la tarde. ¡Qué verde es! ¡Y para quién creó Dios en estos altos precipicios un valle tan delicioso, cerrando su acceso y su vista á los humanos con una triple muralla elevada por Él!

Allí, la tonante sima en que el glaciarse vierte, y que cruza, á través de la muerte, el puente de rocas; aquí esos blanquísimos picos, cuyo hielo no se derrite jamás, rodeándolo á medias con sus nevadas crestas; más abajo, en el sitio donde su tortuoso lecho parece ganoso de unir su pendiente con la de los montes, la roca lo intercepta y contiene de pronto, sosteniéndole con una aérea escarpadura; en sus ribazos tersos y desgastados por el agua de los barrancos, no pende de sus raíces ninguna yerba, ninguna flor; y la voz de los pastores, á los que apenas diviso, se pierde en la distancia sin llegar hasta mí. Resguardado por los torrentes, por las rocas y por las nieves, sin temer sorpresas ni lazos tendidos por los mortales, encuentro, como el águila, en mi elevado refugio, todo cuanto puede apetecer el deseo de un poeta: árboles nacidos de su simiente, encorvados bajo el peso abrumador de las tempestades, pero cuyas cabezas nadie, sino el rayo, se atreve á

desmochar; bejucos que serpentean desde su pié hasta su frente y cuyas flotantes redes mecen flores y nidos; rayo dorado del dia que juguetea bajo su oscuro ramaje, temblando sobre la yerba, á merced del viento que los sacude; altos musgos sobre los cuales revolotean las mariposas, y en los que tan sólo los vientos dejan impresas sus huellas en verdes surcos; yerba que cada brisa inclina en blandas oleadas, y que despide mil olores al ser hollada por mi pié; agua que duerme en la hoja donde la sombra la oscurece, ó que llena hasta los bordes sus copas de granito; espuma de los arroyos sobre sus pendientes floridas, que se pierde cual lácteo surco en las verdes praderas; lago límpido y durmiente, que semeja un fragmento de cielo desprendido de la bóveda azul del firmamento, cuyo trasparente álveo se divisa hasta el fondo, en el que la oscura noche se refleja tachonada de estrellas cuando la luz del dia se extingue, y en el cual no se ve flotar más que la flor del loto, caída sobre las ondas á causa del peso del rocío, y el argentado plumon que el cisne silvestre ha dejado en la orilla al bañarse en sus tersas aguas; golfos estrechos, escondidos en los repliegues de los valles; paisajes sin límites, de dilatado horizonte; abismos en que el oído percibe el estrépito del alud; cumbres que introducen su blanco picacho en el azulado éter; grandes sombras de los montes que oscurecen sus flancos; rayo repercutido de las cimas centellantes; aire elástico y

tibio, en que el seno que lo absorbe cree aspirar un alma siempre nueva; ruido que se oye en lontananza ascender ó descender; silencio en que el alma se adormece y se oye soñar; por do quiera, con la paz, el movimiento que la anima; manadas de gamuzas que vuelan sobre el abismo, corzos que roen la corteza de los árboles, ardillas en los bosques, cantos de millares de pájaros que confunden sus voces, vuelos de dorados insectos y zumbidos de alas, que van sembrando las chispas de sus prismas flotantes; flores profusamente esparcidas á mis pasos y aromas en los aires: hé aquí lo que el cielo ha hecho en obsequio de estos desiertos.

La misma fecha, por la tarde.

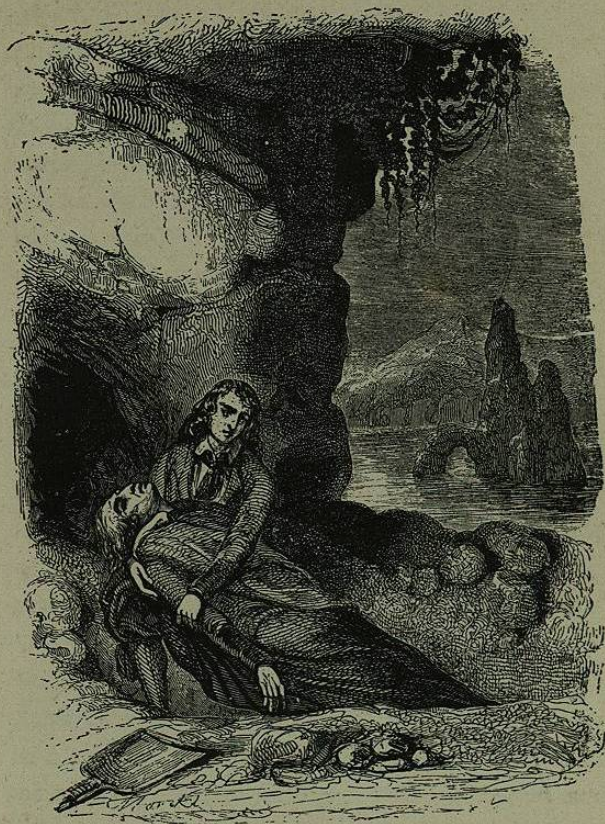
Pero la obra maestra de estos sitios encantadores es la bóveda de la roca, cuyo camino tan sólo el águila ha encontrado; al oriente del lago y á lo largo de sus aguas, la montaña se ha roto en mil pedazos al derrumbarse, y sembrando sus peñascos en confusas ruinas, ha amontonado en las colinas sus disgregados fragmentos. Esas rocas acumuladas, hendidas de resultas de su caída, han quedado suspendidas al azar; los años trascurridos han cimentado su rara estructura, y cubierto de verdor sus flancos y el suelo. Ándase por do quiera sobre un cerro aplanado, al

que la hojarasca y el musgo han comunicado un color amarillento; sólo que cuando se da algún golpe, se oye resonar todavía el terreno bajo las plantas. Cinco robles añosos, que han germinado en sus concavidades, inclinan en todos sentidos sus troncos huecos y abovedados; con sus vacilantes raíces reúnen los espacios vacíos que quedan entre las bases colosales del granito; entrelázanse bajo el suelo á modo de negras serpientes, y con sus rastreros nudos retienen los peñascos: el más viejo, suspendido sobre una de las barrancas, la cubre como un puente con sus desmesuradas raíces; luégo, para ocultarla mejor á la luz del día, extiende un brazo descomunal dejándolo caer en seguida, y bajo este doble abrigo de ramas y follaje vela á todas las miradas su angosta abertura, de suerte que para descubrir aquel antro subterráneo, es forzoso arrastrarse separando las hojas con la mano. Apénas se ha logrado penetrar bajo el arco verde y sombrío, encuéntrase un oscuro y estrecho pasadizo, siendo preciso andar algo encorvado bajo húmedas bóvedas y dar continuos rodeos, percibiendo el profundo rumor de las aguas que, abriendo un canal en la piedra, corren murmurantes hasta el lago por su sólido conducto. En aquel cavernoso sendero se divisa ya una pálida y lejana claridad que parte del fondo; la bóveda se agranda, la roca se retira, el pecho se dilata y respira con más libertad, el terreno sube, tres peñas sirven

de gradas, y por fin se penetra en la roca vacía.

Veinte fragmentos de peñas, suspendidos de sus agudas aristas, sostienen su cúpula cual gigantesca ojiva; sus ángulos de granito rotos en otros mil ángulos, sus flancos cogidos entre sus flancos y plantados uno sobre otro, han resaltado á consecuencia del peso como blanda arcilla; el agua que la piedra destila todavía gota á gota, ha bruñido los contornos de aquellas moles pendientes; la húmeda estalactita se ha formado en sus denticulaciones, y adelgazándolas á modo de inmensas espirales, las esculpe como si fueran esas arañas que penden de las bóvedas de las catedrales. Reuniéndose las gotas por efecto del declive del terreno, han abierto en un ángulo un estanque de granito en el que se oye llover de minuto en minuto el agua sonora que llora y canta al desprenderse; alguna golondrina de vuelo bajo y rasante se cierne siempre sobre él, ó se posa en sus bordes para beber, y luego, remontándose á la bóveda en que anida el ave nocturna, se suspende de uno de los nidos que festonean la cornisa.

Aquella roca pelada rodea por todas partes á la gruta envuelta en tan sombrías murallas; más hácia la parte del lago hay una salida secreta, angosta, invisible, hendida entre dos peñas, que renovando el aire tibio que reina en aquel lugar subterráneo, da paso á los rayos del sol de medio día. Desde la parte de fuera no es posible descubrir aquel intersticio,



ALLÍ ABRIERON MIS MANOS LA HUESA DEL POBRE EXTRANJERO.

porque la roca está tan inclinada, por minar continuamente el lago su flanco escueto y hueco, que parece próxima á derrumbarse; además, por cima de la gruta ha arraigado una hiedra, que dejando colgantes sus festones y su follaje, los extiende como verde cortina, tréñase á modo de celosía, y cruzando sus tallos, espesa sus ya compactas mallas sobre la oblonga hendidura. Separando á mi gusto aquella verde cortina de hiedra, puedo graduar á mi vista la oscuridad ó la luz, amortiguar el calor ó el resplandor del sol, ó bien, abriéndome con la mano un inmenso horizonte, contemplar todo el espacio hasta perderse de vista, desde el fondo de mi retiro, suspendido en aquellos montes.

Junto á la abertura hay un banco de piedra, donde puedo á mi albedrío sentarme ó tenderme, leer á la luz de los flotantes rayos que tiemblan sobre mi Biblia, ó, contemplando la sombra de Dios, mas visible desde aquí, con los ojos fijos en la naturaleza, elevar al Señor en silenciosos arrebatos el himno ardiente de mi corazón.

Un aire igual y suave, tibio hálito de la onda, reina aquí cuando el cierzo hiela ó muge fuera; ningún viento penetra, y ni de día ni de noche resuena en este nido de mi alma otro ruido sino los gorjeos de las golondrinas, el vuelo de alguna mosca de invisibles alas, el tenue roce de la hiedra sobre la peña, ó los sordos golpes del lago, cuyas cerúleas ondas, su-

biendo casi al nivel de mi verde ventana, renacen para caer y caen para renacer, y desde el borde que lamen blandamente, suspenden sus guirnaldas de espuma de las paredes de la roca.

20 de Mayo de 1793.

Así pues, cuando mi tienda ha sido derribada en otra parte, encuentro aquí otra ya plantada: he arreglado ya mi lecho sobre la roca con hojarasca del bosque y blando musgo: he colgado también en mi abrigada vivienda mi báculo de viaje y mi reloj; he amontonado leña para mi hogar, he visto ondular en la gruta el resplandor del fuego, y pasado en alegre soledad un día, precursor de otros tantos iguales.

